

## Capitalismo, subdesarrollo y cambio

JOSÉ VALENZUELA FEIJOO

### I

1. El mundo del capitalismo contemporáneo se caracteriza por las agudas tensiones y conflictos que lo entrecruzan. Entre sus problemas más agudos, tal vez el más importante se refiere al problema de la notoria desigualdad con que se han expandido las fuerzas productivas en el universo capitalista. Esto ha llevado a que grandes masas de población permanezcan sometidas a bajísimos niveles de vida frente a sectores relativamente minoritarios que gozan de los beneficios de la moderna tecnología. La aguda antinomia entre pobreza y riqueza se refleja en el plano internacional con los ya populares conceptos de subdesarrollo y desarrollo. Es decir, por un lado el conjunto de los países capitalistas subdesarrollados y por el otro el conjunto de los países capitalistas desarrollados. Las cifras son demostrativas al respecto. En 1967 por ejemplo, el conjunto de los países capitalistas desarrollados<sup>1</sup> que englobaban al 27.4 % de la población del mundo capitalista, acaparaban un 80.2 % de la producción total. El mundo subdesarrollado,<sup>2</sup> con un 72.6 % de la población, sólo generaba un 19.8 % de la producción mundial capitalista. Poseyendo una población 2.65 veces mayor, el polo subdesarrollado producía tan sólo un 25 % de lo que producía el polo desarrollado. Para el mismo año 1967, la producción por habitante promedio para todo el mundo capitalista, llegó a \$U.S. 697. Si el mundo capitalista se desglosa en sus secciones desarrollada y subdesarrollada, los resultados son reveladores. Para el polo desarrollado se obtiene un producto por habitante igual a \$U.S. 2.042, es decir, una cifra 2.9 veces superior al promedio mundial. Para el polo subdesarrollado se obtiene un producto por habitante igual a \$U.S. 190, es decir, casi 4 veces menor al promedio mundial. Dicho de otra manera, la producción *per capita* del polo

capitalista desarrollado es casi 11 veces superior a la existente en el polo subdesarrollado del sistema.

El capitalismo, pese a su tremendo y no desmentido dinamismo, se revela —a la luz de tales cifras— como un sistema incapaz de sacar de la miseria a los más grandes sectores de la población. Si a esto se añade la fuerte presión de las masas de este llamado “tercer mundo” por superar tal estado, es fácil concluir que la situación puede tornarse explosiva. La preocupación es generalizada y abarca las más diversas esferas. Líderes y gobernantes de grandes potencias expresan su preocupación e incluso a nivel de Naciones Unidas se intenta un vasto plan de ayuda internacional para sacar al “tercer mundo” de su desmedrada situación.<sup>3</sup> Es así como se llega a denominar la década del sesenta como “década del desarrollo”. Podría pensarse que esta preocupación entrega buenos resultados y que, a despecho de lo que muestran las cifras, la situación ha tendido a mejorar en los sesenta. O, para ser más precisos, tiende a ser “menos mala” que antes. Para ver esto, nada mejor que comparar los antecedentes de 1967, ya proporcionados, con los del año 1960, punto de partida de la publicitada “década del desarrollo”.

En 1960, la población total del mundo capitalista asciende a 1.989 millones de personas. De éstas, 580 millones, o sea, un 29.2 % pertenecen a los países desarrollados. Las 1.409 millones restantes, un 70.8 %, se agrupan en las zonas subdesarrolladas. En relación a 1967 se observa que en 1960 el porcentaje de la población que vive en las regiones subdesarrolladas es menor. Por el lado de la producción las cifras indican que en 1960 un 80.2 % de la producción mundial capitalista se genera en los países desarrollados. El 19.8 % restante es derivado en el polo subdesarrollado. En suma, se tiene que entre 1960 y 1967, el porcentaje de la población mundial capitalista que vive en los países pobres del sistema se eleva de un 70.9 % a un 72.7 %. Por otro lado, el producto que estas regiones pobres elaboran, entre 1960 y 1967, no experimenta variaciones porcentuales, manteniéndose en un 19.8 %. Si de estas cifras globales pasamos a los datos del producto por habitante el cuadro no se altera. En 1960 el producto anual por habitante para todo el mundo capitalista es de \$U.S. 576. Para el mundo desarrollado se obtiene un valor de \$U.S. 1.587, es decir, 2.7 veces mayor que el promedio. Y para el mundo subdesarrollado la cifra es de \$U.S. 160, es decir, un 28 % del promedio. En 1960, el producto por habitante de las regiones subdesarrolladas es 9.9 veces superior al de las regiones subdesarrolladas. En 1967, según veíamos, es ya casi 11 veces superior. En el polo capitalista desarrollado, entre 1960 y 1967, el producto por habitante se incrementa en \$U.S. 455.

En el polo subdesarrollado, en igual periodo, el incremento es de \$U.S. 30, o sea, ¡15 veces menor!

Los datos son elocuentes. La desigualdad entre una minoría de naciones ricas y una mayoría de naciones pobres se acentúa. Los pobres son cada vez más pobres. Los ricos cada vez más ricos. De paso, también demuestran que la mentada “década del desarrollo” es un rotundo y tremendo fracaso.

Un resumen de los datos que reflejan la situación del mundo capitalista entre 1960 y 1967 se entregan en el cuadro I:

CUADRO I

	1960						1967						Tasa anual Cr. 1960-67
	PIB		Población		PIB <sub>h</sub>		PIB		Población		PIB <sub>h</sub>		
	* \$ U.S.	%	Miles	%	* \$U.S.	Índice	* \$ U.S.	%	Miles	%	* \$U.S.	Índice	
Mundo capitalista	1 146 319	100	1 989 085	100	576	100	1 604 264	100	2 301 225	100	697	100	2.8
Países desarrollados	920 366	80.2	579 935	29.1	1 587	275.5	1 286 651	80.2	629 991	27.3	2 042	293.5	3.7
Países subdesarrollados	225 953	19.8	1 409 150	70.9	160	27.7	317 613	19.8	1 671 234	72.7	190	27.2	2.5

\* Millones de dólares  
FUENTE: CEPAL.

2. Podría pensarse que siete años es un periodo demasiado corto como para deducir asertos sobre la evolución de la economía capitalista en el largo plazo. Siendo la observación justa, conviene remontarse a plazos más largos y así poder inferir hipótesis y deducciones más plausibles. Naturalmente, mientras más retrocedemos en el tiempo, los datos se tornan más incompletos e inseguros. Pero de cualquier modo, los existentes a lo menos indican el carácter de estas tendencias.

El economista holandés L. J. Zimmerman<sup>4</sup> ha efectuado investigaciones sobre la distribución del ingreso mundial para un periodo largo, que va desde 1860 hasta 1960, esto es, un siglo. Aunque los datos no diferencian el mundo socialista del capitalista, de todos modos permiten formarse una visión de las tendencias de largo plazo de la economía capitalista. A largo plazo, la tendencia a una distribución más regresiva es muy clara. Es así como el 25 % de la población de mayores ingresos copaba, en 1860, un 57.8 % del ingreso mundial, en 1913 un 68.9 % y en 1960 un 72.1% . Por otro lado, el 25 % más pobre se apropiaba en 1860 un 12.5 % del ingreso mundial, en 1913

un 6.1% y en 1960 tan sólo un 3.2%. El mismo autor, utilizando el coeficiente de distribución de Pareto, entrega los siguientes valores:

CUADRO II

<i>Año</i>	<i>Valor coeficiente Pareto</i>	<i>Año</i>	<i>Valor coeficiente Pareto</i>
1860	1.576	1929	0.911
1880	1.086	1953	0.766
1900	1.006	1960	0.708
1913	0.974		

FUENTE: Zimmerman, *Países pobres y países ricos*, p. 36.

Un valor menor indica una desigualdad mayor, fenómeno que según se aprecia es muy acentuado. Cabe anotar que para algunos autores un valor inferior a 1.5 desataría una crisis revolucionaria.

Para mejor precisar las tendencias descritas —y siempre basándose en las estimaciones de Zimmerman— podemos agrupar algunas de las regiones que él distingue. Oceanía, América del Norte, Europa Noroccidental y Japón los definimos como grupo desarrollado. América Latina, Asia Sudoriental y Lejano Oriente como grupo subdesarrollado. La evolución, a partir de 1860, de estos grupos así definidos, se muestra en el cuadro III.

CUADRO III

	1860		1913		1960	
	<i>Población</i> %	<i>Ingreso</i> %	<i>Población</i> %	<i>Ingreso</i> %	<i>Población</i> %	<i>Ingreso</i> %
Grupo desarrollado	17.2	46.3	21.4	63.3	20.3	57.4
Grupo subdesarrollado	27.9	17.2	20.2	12.8	36.0	10.2
Otros	54.9	36.5	49.4	23.9	43.7	32.4
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: Calculado en base a datos de Zimmerman, ob. cit.

Los datos son elocuentes. El grupo subdesarrollado disminuye progresivamente su participación en la producción total. Y esto pese a que su población entre 1913 y 1960 crece bastante en términos porcentuales. El grupo desarrollado, aunque incrementa el peso de su población, lo hace todavía más aceleradamente en términos de su participación en el ingreso total.

Para las diferentes regiones que distingue Zimmerman, las cifras del ingreso *per capita* y de los ritmos anuales de crecimiento son los que muestra el cuadro que sigue.

CUADRO IV

País (Región)	Ingreso per capita			Ritmos de crecimiento		
	1860	1913	1960	1860-1913	1913-1960	1860-1960
	\$U.S.	\$U.S.	\$U.S.			
América del Norte	420	1 000	1 900	1.65	1.41	1.54
Oceanía	440	580	1 020	0.52	1.25	0.84
Europa Noroccidental	230	460	860	1.31	1.34	1.33
Unión Soviética	95	160	890	1.00	3.72	2.26
Europa Sudoriental	110	200	420	1.14	1.59	1.35
América Latina	100	160	330	0.89	1.55	1.20
Japón	40	90	300	1.54	2.59	2.03
Lejano Oriente	50	90	120	1.12	0.63	0.89
Asia Sudoriental	48	65	70	0.52	0.16	0.38
China	44	47	110	0.13	1.83	0.92
Total	90	200	400	1.52	1.52	1.52

FUENTE: Zimmerman, *Países pobres...*, ob. cit., p. 30

Según puede observarse, en 1860 la región con un ingreso *per capita* más alto —Oceanía— superaba en 11 veces a la región de ingreso *per capita* menor: Japón. En 1913, la región más rica, América del Norte, posee un ingreso *per capita* 21 veces superior al de la región más pobre: China. Y en 1960, la región más rica —siempre América del Norte— multiplica en más de 27 veces el ingreso por habitante de Asia Sudoriental, la región más pobre. En relación al ingreso por habitante promedio, el de la región más pobre, en 1860, fue igual a un 44.4 %. En 1913 se redujo a un 23.5 % y en 1960 llegó a ser un 17.5 %.

En suma, las investigaciones de Zimmerman son concluyentes: la diferencia entre países ricos y pobres tiende a acelerarse de un modo notable en el último siglo.

Otros autores que han investigado el problema, también coinciden sobre la creciente disparidad de ingresos en la economía mundial capitalista. Myrdal por ejemplo sostiene que “en las últimas décadas las desigualdades entre los países desarrollados y los subdesarrollados han ido en aumento”.<sup>5</sup> Igual cosa afirma el economista norteamericano E. S. Mason.<sup>6</sup> Por su parte, el famoso Colin Clark sostiene que a comienzos del siglo XIX, la diferencia de la productividad del trabajo

entre los niveles más altos y los más bajos era alrededor de 5. En 1940, según el mismo autor, esta diferencia se elevaba 40 veces.<sup>7</sup> A mayor abundamiento, el francés Jean Fourastié sostiene que antes de 1750, los niveles de productividad del trabajo y por ende los niveles de vida, eran relativamente semejantes entre las diversas regiones y países.<sup>8</sup>

Otro autor que se ha distinguido especialmente por sus investigaciones en este punto es el hindú Surendra I. Patel. De acuerdo a sus evaluaciones, el ingreso por habitante promedio de las regiones industriales, en 1850, era del orden de los \$U.S. 170 anuales. Frente a esto, las regiones periféricas o atrasadas, a la fecha, habrían tenido un ingreso por habitante promedio del orden de los \$U.S. 100 anuales. En sus propias palabras "al comenzar la Edad de la Maquinaria, alrededor de 1850, las diferencias del ingreso promedio entre los diversos países no eran muy grandes".<sup>9</sup> Y si a mediados del siglo pasado la diferencia en favor de los países ricos es de un 70 % en 1960 sube a 9 veces. En relación a los datos de Zimmerman, los de Patel presentan la ventaja de distinguir los países socialistas de los capitalistas. Una visión resumida de los resultados a los cuales arriba nos referimos, se muestran a continuación:

CUADRO V

	Población		Ingreso en bill.		Población %		Ingreso %		Per capita Global	
	1850	1960	1850	1960	1850	1960	1850	1960	1850	1960
Países desarrollados <sup>i</sup>	200	550	35	660	26	28	39	78	1.8	2.7
Países subdesarrollados <sup>ii</sup>	560	1 450	55	190	74	72	61	22	0.2	1.1
Total	760	2 000	90	850	100	100	100	100	1.2	2.1

<sup>i</sup>Austria, Australia, Bélgica, Canadá, Dinamarca, Finlandia, Francia, Alemania Occidental, Irlanda, Israel, Italia Luxemburgo, Holanda, Nueva Zelandia, Noruega, Sucesión Reino Unido y U.S.A.

<sup>ii</sup>Todos los demás, menos URSS, Europa Oriental, China, Corea del Norte, Nor-Vietnam y Mongolia.

FUENTE: Surendra J. Patel, "The Economic Distance between Nations: its Origins, Measurement and Outlook" in *The Economic Journal*, March, 1964.

3. En los párrafos anteriores se ha mostrado la notable desigualdad con que se reparte la producción mundial capitalista. Asimismo, có-

mo esta situación tiende a agravarse en vez de disminuir. Todo esto es lo que determina los bajos niveles de vida que caracterizan a las regiones de la periferia capitalista. Sin embargo las cifras de producto *per capita* que se han citado, al ser promedios, pueden encubrir la real situación en cuanto a niveles de vida de grandes sectores de la población. Un país puede tener un ingreso promedio muy alto y el grueso de su población muy bajos niveles de vida. Esto sucede cuando la distribución del ingreso es muy regresiva. Y como lo que interesa principalmente son las condiciones de vida de las grandes masas de población, a los datos globales ya proporcionados deben agregarse algunos antecedentes sobre la distribución del ingreso.

Al respecto, parece existir bastante unanimidad en el sentido de considerar que en los países capitalistas subdesarrollados, los patrones de distribución del ingreso son más regresivos que los que se encuentran en los países capitalistas desarrollados. Un estadístico de nota como Kuznets sostiene que en los países desarrollados, la distribución del ingreso es más equitativa que en los subdesarrollados. Incluso más, en estos últimos la distribución sería igual o más regresiva que la existente en los países desarrollados en su fase preindustrial. Algunos de los datos de Kuznets se entregan en el cuadro VI.

CUADRO VI

<i>Tramos ordinales de ingreso</i>	<i>EE.UU.</i> (1945-50)	<i>Reino Unido</i> (1947)	<i>Italia</i> (1948)	<i>India</i> (1949-50)	<i>Ceylán</i> (1950)	<i>Puerto Rico</i> (1948)
1. Quintil infer.	6		6	8	5	
2. Quintil segundo	12	36	11	9	11	11
3. Quintil tercero	16		15	11	14	13
4. Quintil cuarto	22	19	20	16	21	20
5. Quintil super.	44	45	48	55	50	56
6. Total desviaciones	52	50	56	72	60	72
7. 80% -90% sup.	24	21	24	22	28	28
8. 95% -100% super.	20	24	24	33	22	29

FUENTE: S. Kuznets, ob. cit., p. 154.

Los valores de la línea 6 indican la suma de las desviaciones (en términos absolutos) en torno a lo que podría definirse como distribución de igualdad total, y pueden servir para comparar los grados de

desigualdad. Según se observa, Estados Unidos y el Reino Unido, países desarrollados, presentan una desviación promedio de 51. India, Ceylán y Puerto Rico, claramente subdesarrollados, tienen una desviación promedio igual a 68. Utilizando este mismo índice y aplicándolo a una distribución “típica” que Kuznets supone para los países desarrollados y subdesarrollados,<sup>10</sup> se llega a valores de 58 y 64 respectivamente.

Otra evidencia de interés la presenta CEPAL, al comparar la distribución del ingreso en América Latina con la prevaleciente en Estados Unidos y Europa Occidental.

CUADRO VII

Tramos de ingreso	Población	América Latina		Europa Occidental		Estados Unidos	
		Ingreso %	A	Ingreso %	A	Ingreso %	A
Alto	5	33	660	22	436	20	400
Intermedio	45	51	113	56	124	57	127
Bajo	50	16	32	22	44	23	46

A = Diferencias con respecto del ingreso personal promedio (promedio = 100)

FUENTE: CEPAL, Ipes.

Si aplicamos el mismo índice anterior, vemos que en Europa Occidental y Estados Unidos es de 56 y 54 puntos respectivamente. O sea, patrones similares de distribución del ingreso. Para América Latina el índice sube a 68, o sea, muy similares a los que se obtienen para otros países subdesarrollados de acuerdo a los datos de Kuznets.

Sólo cabe agregar otro rasgo. En casi todos los países subdesarrollados para los cuales hay información, se observa que la diferencia de los tramos pobres en relación a la media nacional es menor —en comparación a los países desarrollados— que la existente entre los tramos de ingresos altos en relación a la misma media. Dicho de otra manera, los grupos ricos de los países subdesarrollados se “escapan” mucho más de los valores medios, que los segmentos ricos de los países desarrollados. A su vez, los grupos pobres de las regiones subdesarrolladas, aunque más distantes del promedio que sus congéneres desarrollados, presentan un “margen de escape” menor. La razón es obvia: cuando los ingresos medios son ya muy bajos, hay límites fisiológicos que se imponen en las desviaciones hacia abajo. Hacia arriba, de hecho no hay límites.

Podemos en suma concluir: en las regiones subdesarrolladas la dis-



tribución del ingreso presenta modalidades que la hacen más regresiva que la existente en los países desarrollados. Es decir, a niveles de ingreso promedio que ya por sí son muy bajos, se agrega tal efecto adicional. *Ergo*, las grandes mayorías de la población que viven en las regiones pobres del mundo, subsisten bajo condiciones de vida todavía más terribles de lo que indican cifras como las del ingreso *per capita* de estos países.

## II

1. De los rasgos anteriormente esbozados, podría tal vez inferirse que una situación de crisis social y política debería ineludiblemente marcar a las regiones subdesarrolladas. Aunque de hecho tal es la situación, desde el ángulo teórico ligar bajos niveles de vida a crisis políticas es falaz. Los bajos niveles de vida no conducen *per se* a comportamientos políticos radicales ni por ende a situaciones revolucionarias. Si las crisis sociales dependieran de la existencia de bajos niveles, tendríamos que éstas constituirían un rasgo permanente de prácticamente todas las regiones pobres. Y obviamente no hay tal. Por otro lado se llegaría a deducciones francamente absurdas. Como a lo largo de la historia de la humanidad se da una clarísima tendencia al aumento de los niveles de vida, tendríamos que en forma paralela debería darse una tendencia muy nítida hacia la “paz social”. La miseria puede llegar a ser una condición necesaria de una situación revolucionaria, mas nunca una condición suficiente. Y lo que se aplica para los “niveles” también se aplica para las “variaciones de nivel”; es decir, no pueden correlacionarse ingenuamente ritmos de crecimiento con crisis revolucionarias.

Tomemos por ejemplo el caso de la India. En 1949, poco después de su independencia, el ingreso *per capita* hindú era del orden de los \$U.S. 50 por año.<sup>11</sup> Por la misma fecha el 60 % de la población más pobre apenas si copaba un 28 % del ingreso total; frente a ello el segmento más rico, equivalente al 5 % de la población, percibía un 33 % del ingreso nacional.<sup>12</sup> A ello debe agregarse que el grueso de la población depende de la agricultura y que a largo plazo —evidenciando la estagnación del sector— los coeficientes respectivos tienden a aumentar. Es así como en 1872, un 61 % de la población total dependía de la agricultura. En 1921 un 73 % y en 1931 un 75 %, o sea, valores que contradicen violentamente cualquier esquema medianamente normal de crecimiento. La crisis y estagnación económicas llevan a las hambrunas y su macabra secuela: entre 1900 y 1945 se estima en alrededor de 30 millones las personas que mueren de hambre.<sup>13</sup> Entre 1931-1932 y 1948-1949 el ingreso *per capita* se reduce

de 83 a 70 rupias.<sup>14</sup> Pese a todo el capitalismo persiste en la India como asimismo su dependencia económica —si bien cambian las formas— del capital extranjero. Claro está, hay un importante corte político representado por la independencia de la colonia de la metrópoli inglesa a fines de los cuarenta. Sin embargo, el campesinado que es el sector que recibe con más fuerza el impacto de la crisis y del atraso, se revela incapaz de dirigir tal proceso. Como escribe Bettelheim: “si esta acción pudo alcanzar sus objetivos fue porque sobre las ruinas de la antigua sociedad se habían desarrollado fuerzas sociales nuevas, una burguesa y una proletaria, que había de oponerse en forma cada vez más activa a la dominación extranjera”<sup>15</sup> Puntualicemos: la terrible miseria que recae sobre las masas campesinas no bastó para precipitar, por sí sola, ni siquiera el fenómeno de la independencia. Por supuesto la crisis genera intranquilidad e incluso revueltas numerosas que coadyuvan al proceso. Pero para explicarlo se requiere introducir *factores adicionales*.

Se puede también recordar el propio caso de la revolución bolchevique que da lugar al primer país socialista en 1917. Hasta antes de la Primera Guerra Mundial, Rusia puede caracterizarse como un país de desarrollo capitalista intermedio. Sin embargo, desde el último tercio del siglo XIX, los ritmos de crecimiento que la caracterizan son bastante superiores al de todas las grandes potencias europeas —incluida Alemania y también al de Estados Unidos. Asimismo, los sectores de vanguardia del proceso revolucionario se nutren principalmente del proletariado urbano de Petrogrado, el cual se caracteriza por una alta concentración, una alta productividad del trabajo y por salarios obreros por encima de los promedios nacionales. Aquí, la revolución no se correlaciona con ritmos bajos de crecimiento. Asimismo, los sectores dirigentes del proceso no provienen de las capas más empobrecidas. En suma, el problema es más complejo y no se resuelve con correlaciones simples.

Avanzando en el tiempo, podemos citar el reciente caso francés. En mayo de 1968, Francia se ve afectada por una corta, pero honda crisis política. Hablar de miseria material del pueblo francés resultaría, en líneas generales, bastante excesivo. Lo que no obstó, sin embargo, para que surgiera el mayo francés. Este, aunque finalmente fracasado, de todas maneras representa la crisis política más profunda que afectara a un país capitalista desarrollado en el pasado decenio.

Tenemos también la crítica situación por la que hoy atraviesa el campo chileno, nunca antes conocida. En términos absolutos los niveles de vida del campesinado en Chile son tremendamente misérrimos. Sin embargo, nadie podría negar que sobremanera en los últimos años —más precisamente durante la administración Frei— los in-

gresos reales de este sector se incrementan significativamente. La radicalización del movimiento campesino, sin embargo, se ha acelerado exponencialmente. Hoy por hoy, debe ser el sector social más radicalizado de la sociedad chilena, haciendo del problema agrario el punto más conflictivo de la actual coyuntura.<sup>16</sup>

En suma —y para no alargarse desmedidamente en ejemplos—, ni el comportamiento revolucionario ni la crisis social se derivan automáticamente —tal como lo sostendría el economicismo o materialismo vulgar— de bajos niveles de vida. La correlación inversa —altos niveles de vida y radicalismo social— es igualmente falsa. Asimismo, resulta falaz conectar de un modo mecánico y simple, ritmos altos o bajos de crecimiento con situaciones de conflicto o de paz social. En suma, no es la dimensión del nivel de ingresos la variable más pertinente y/o explicativa del cambio social.

Sin embargo un hecho evidente subsiste: la aguda crisis sociopolítica que enmarca prácticamente a todas las regiones subdesarrolladas. No siendo la pobreza *per se* una causal suficiente, debemos buscar otros elementos explicativos.

2. Una situación de crisis social se expresa a dos niveles: objetivo y subjetivo. En el plano objetivo, y en términos generales, la crisis implica un conflicto entre el sistema de relaciones de producción existentes y las posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas. En otras palabras, las posibilidades de crecimiento económico se ven obstaculizadas por la forma que asume la organización económica imperante. De acuerdo a la profundidad del conflicto, aquella forma económica deberá ser modificada —o sea *reformada*— en determinados aspectos; o bien, deberá ser alterada de cuajo incluso en sus rasgos más esenciales —o sea *revolucionada*. En el primer caso estaremos en presencia de un proceso cuyo contenido será *reformista* y que dará lugar al salto de una fase a otra en el desarrollo de un determinado modo de producción. En el segundo caso nos enfrentaremos a un proceso de *contenido revolucionario*, el cual implicará el salto de un modo de producción a otro, cualitativamente diferente. Recalcamos que lo que aquí interesa es el contenido y no la forma de los cambios. Generalmente un contenido reformista va asociado a formas de lucha más bien pacíficas o legales; y al revés, el contenido revolucionario se desenvuelve a través de conflictos ilegales y armados. Pero, contenido y forma no necesariamente deben siempre corresponderse.

Por otro lado, y según cual sea el sistema económico imperante, se sabe que los individuos que componen una sociedad se localizan y agrupan en determinadas posiciones sociales. Y, en consecuencia, se relacionan de una u otra manera. Esta malla de relaciones sociales y las diferentes posiciones sociales que engarza, no es indiferente a los

diversos individuos y grupos sociales. Muy por el contrario, en un sistema económico dado, las ventajas y desventajas se estratifican según la posición social, y de este fenómeno elemental se derivan intereses que en muchos casos pueden ser objetivamente contrapuestos. Como la regla es que éste sea el caso, un cambio en el sistema de organización económica implicará perjuicios para ciertos grupos y beneficios para otros. De aquí el conflicto social inherente a cualquier cambio social.

Naturalmente, los individuos componentes de una sociedad dada pueden ser agrupados de diversas maneras. Y esto no por un capricho arbitrario de un eventual analista, sino porque efectivamente en el mundo real se dan múltiples formas de agrupación y por ende de grupos y entidades sociales. Desde el ángulo del cambio social no todas estas agrupaciones poseen igual significación. Las hay más decisivas y las hay de menos importancia. La experiencia y la teoría indican que son ciertas agrupaciones muy características las que son más decisivas a la adecuada intelección del cambio: estas agrupaciones de individuos son las clases sociales. En una forma muy sintética podríamos definir las clases como “grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse del trabajo de otro por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social”.<sup>17</sup> Digamos que esta posibilidad de apropiación está básicamente referida a la relación de propiedad o no propiedad —en un sentido patrimonial— frente al componente objetivo de las fuerzas productivas, esto es los medios de producción. La historia demuestra —al examen más superficial— que los cambios sociales, sobremanera si se trata de cambios de importancia, como por ejemplo la sustitución de un modo de producción por otro, están estrechamente conectados a la dinámica del conflicto de clases. Para utilizar una frase famosa: “la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”.<sup>18</sup> De aquí que si no entendemos el problema de las clases sociales y de sus conflictos, muy poco entenderemos del cambio social y por ende de la historia que no es sino la sucesión de los diversos cambios que han afectado a la humanidad hasta nuestros días. Digamos también que las clases sociales tienen su basamento en una determinada estructura económica, por lo cual la dinámica de estos agentes básicos del cambio es imposible de entender si no se analiza el sustrato económico en que se yerguen —que dé la posición que en esta estructura se tenga—, es decir, de la posición de clase se derivarán intereses objetivamente contrapuestos. Si se trata de grupos que se apropian parte del trabajo de los restantes sectores de la sociedad, parece evidente que no puede ser de otra manera.

Pues bien, hablamos de intereses objetivos. En consecuencia, inte-

reses que se deducen sin más de un *status* objetivo. O sea, que están ahí, existiendo en forma independiente de que se los perciba o no como tales. En una economía estructurada en forma capitalista, por ejemplo, las dos clases fundamentales: burguesía y proletariado, tienen intereses objetivamente contrapuestos. La segunda vive de sus salarios y la primera de las utilidades. Y como escribe Ricardo, “¿puede haber cuestión establecida con más evidencia que la que los beneficios han de descender cuando suban los salarios?”<sup>19</sup> La clase de los asalariados puede estar consciente de esta situación como puede no estarlo; incluso puede llegar a pensar que sus intereses son coincidentes con los de la burguesía, pero todo esto no altera en lo más mínimo la situación descrita. Por ende, las bases del conflicto —por lo menos del conflicto potencial— subsisten en todo su vigor.

Pero si de cambio se trata, de nada nos sirve el anotar las “potencialidades” de tal o cual conflicto. De la potencia debe pasarse al acto, lo cual significa clases sociales actuantes, lo cual a su vez implica que los intereses objetivos deben también expresarse en el plano subjetivo. O sea, plasmarse en una doctrina o conjunto de ideas a través de las cuales la clase social en cuestión dé cuenta de su particular situación, de los intereses que de ella se derivan y que por lo tanto oriente su conducta social de un modo adecuado. En corto, surge el problema de la conciencia de clase. Sin un grado mínimo de ésta, por rudimentaria que sea, la clase no podrá actuar políticamente.

Para las clases dominantes, la experiencia histórica demuestra que siempre han tenido —en mayor o menos grado— conciencia de sus intereses. Para el caso de las clases dependientes, no es tan diáfano el aserto. No siempre han sabido desarrollar una ideología propia capaz de interpretar los intereses de la clase en su conjunto, como asimismo de establecer una organización propia y una conducta política unitaria e independiente. Este es el caso de los esclavos y de los campesinos feudales por ejemplo. Esta incapacidad de las clases dependientes para liderar un proceso de cambio ha dado lugar a largos periodos de decadencia y de marasmo histórico, como el caso del renacimiento de la segunda servidumbre en Alemania por ejemplo. La acción de estas clases —en el mejor de los casos— ha contribuido a desintegrar el viejo modo de producción, pero jamás a crear uno nuevo.

Al revés, clases con una gran dinámica histórica son por ejemplo la burguesía y el proletariado. Ambas, históricamente han sido capaces de dirigir grandes procesos sociales destructores del viejo orden y creadores de uno nuevo. Como se escribe en el propio *Manifiesto comunista*, “la burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones

sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores”.<sup>20</sup> Por otro lado, de “todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases se van degenerando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar. Las capas medias —el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino—, todas ellas luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales capas medias. No son, pues, revolucionarias, sino conservadoras. Más todavía, són reaccionarias, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarias únicamente cuando tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, cuando abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado”.<sup>21</sup>

Tenemos entonces el modo de producción capitalista como una modalidad extraordinariamente dinámica de la producción social. Y lo que se aplica al modo en su conjunto, también resulta válido para sus dos clases fundamentales: burguesía y proletariado. Por la primera, recordemos, “se entiende a la clase de los capitalistas modernos, propietarios de los medios de producción social, que emplean el trabajo asalariado”; y por los segundos, “se comprende a la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir”.<sup>22</sup>

En el mundo contemporáneo la situación es clara. Clases que pueden servir como agentes dinámicos de cambio social sólo hay dos: burguesía y proletariado. Y de estos dos eventuales agentes, se derivan los dos grandes modelos del cambio social hoy presentes en la arena mundial: capitalismo y socialismo. Dos clases, dos líneas políticas, dos modelos sociales. En el presente, no hay más, y cualquier tercera eventualidad o alternativa será un intento de corto plazo que más tarde o más temprano, ineludiblemente, deberá alinearse en una u otra posición.

De todo lo anterior podría desprenderse que las situaciones más conflictivas son dables de esperar en aquellos países en que el modo de producción capitalista se encuentre más desarrollado. Sin embargo hemos visto que no necesariamente es así y que aún más, en el mun-

do contemporáneo las contradicciones y conflictos más agudos tienden a concentrarse en los países menos desarrollados en un sentido capitalista.

3. Aunque la afirmación pudiera parecer paradójal, nos parece lícito sostener que la crisis general que envuelve hoy al sector subdesarrollado del mundo capitalista, se debe al desarrollo capitalista que ha tenido lugar en estas zonas. Para mejor comprender este aserto es conveniente añadir algunas consideraciones.

Según hemos ya anotado, el modo de producción capitalista se distingue de otros modos de producción anteriores por su extraordinario dinamismo. Este dinamismo no solamente se manifiesta por la revolución que provoca en la dinámica de las fuerzas productivas —lo cual se expresa en aumento de la masa de bienes producidos y sobremanera en el incremento notable de la productividad del trabajo—, sino que también por su rápida *expansión geográfica* a todos los confines del mundo. En un modo muy preciso, puede afirmarse que el capitalismo desde sus inicios ha demostrado una vocación universal. La burguesía, “espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos. . . recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplementadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hacen capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civili-

zación, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza".<sup>23</sup>

El capitalismo, claro está, no surgió al unísono en todo el mundo. Pero su capacidad de expansión lo llevó muy pronto a extenderse más allá de las primitivas fronteras donde desliza sus balbuceos de primerizo. Los grandes descubrimientos geográficos, que se suceden a partir de mediados del siglo XV, no sólo dan muestras de este vigor expansivo inicial, sino que reactivan sobre las metrópolis capitalistas de la época activando aún más su desarrollo. En una primera fase, la expansión económica es principalmente de tipo comercial y da lugar a un gran mercado mundial del cual no quedan excluidos los países y regiones de los continentes hoy subdesarrollados: Asia, África y América Latina. Este mercado mundial, entre los siglos XVI y XVIII, debe entenderse como capitalista, pero no tanto porque conecte naciones capitalistas, sino más bien porque en él predominan y está al servicio de los países en que el capitalismo ya estaba firmemente anclado. Dicho de otra manera, el mercado mundial conecta por un lado naciones capitalistas y por el otro naciones en que es muy difícil sostener que internamente predominan las formas capitalistas de producción. Pero de cualquier modo, estas naciones y regiones precapitalistas, al ligarse a un mercado mundial en que dominan las fuerzas del capitalismo, de hecho se embarcan en diversas modalidades de producción mercantil, las cuales son espoleadas a desarrollarse ante las presiones externas que generan tal vinculación. Y como se sabe, el desarrollo de la producción mercantil es una condición imprescindible al surgimiento y expansión del capitalismo. De aquí la emergencia de elementos capitalistas cada vez más importantes en estas regiones periféricas.

Mientras tanto, el capitalismo metropolitano sigue desarrollándose en forma cada vez más impetuosa. Ya a fines del siglo XVIII, grandes adelantos tecnológicos dan lugar a la sustitución de la fase manufacturera del capitalismo por la muy dinámica fase de la gran industria maquinizada. Estamos en presencia de lo que Toynbee popularizara como "revolución industrial". Con ella, la acumulación capitalista adquiere ritmos acelerados y los procesos de concentración y centralización del capital se aceleran en alto grado. La concentración implica que masas cada vez mayores de capital y producción se acumulan en esta o la otra empresa; la centralización implica la expropiación de una parte de los empresarios capitalistas —aquella que no puede seguir el ritmo de las empresas líderes— por la otra más dinámica y hábil. Todo ello conduce con la fuerza de una ley natural al surgimiento de los monopolios. En 1917, analizando estadísticas oficiales



de la industria norteamericana, Lenin comentaba: “ ¡Casi la mitad de la producción global de todas las empresas del país en las manos de una *centésima* parte del total de empresas! Y esas 3 000 empresas gigantescas abrazan 258 ramas industriales. De aquí se infiere claramente que la concentración, al llegar a un grado determinado de su desarrollo, puede decirse que conduce por sí misma, de lleno, al monopolio, ya que a unas cuantas decenas de empresas gigantescas les resulta fácil ponerse de acuerdo entre sí, y, por otra parte, la competencia que se hace cada vez más difícil, y la tendencia al monopolio nacen precisamente de las grandes proporciones de las empresas. Esta transformación de la competencia en monopolio constituye uno de los fenómenos más importantes —por no decir el más importante— de la economía del capitalismo contemporáneo. . .”<sup>24</sup> De aquí que “si fuera posible dar una definición lo más breve posible del imperialismo, debería decirse que el imperialismo es la fase monopolista del capitalismo”.<sup>25</sup>

Estamos en presencia de una nueva fase en el desarrollo del capitalismo: la fase monopolista o imperialista. Un rasgo también esencial a esta fase es el auge de un fenómeno relativamente inédito: la exportación de capitales. Como hemos dicho más arriba, “lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre competencia, era la exportación de *mercancías*. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de capitales”.<sup>26</sup> Estos capitales redundantes —en términos de la tasa de beneficio que se postula como “normal” o “adecuada” en la metrópoli— fluyen en forma abundante a los países periféricos. Y esto es importante pues “repercute en el desarrollo del capitalismo dentro de los países en que aquéllos son invertidos, acelerándolo extraordinariamente”.<sup>27</sup>

La última frase conviene calificarla. Si se identifica desarrollo capitalista con una elevación en los niveles de vida —lo cual no es de ninguna manera erróneo, sobremanera si se piensa en el plazo largo—, probablemente provocará más de una inquietud. Se tiende en algunos sectores a sostener que la expansión imperialista en los países periféricos ha provocado una baja en los niveles de ingreso de éstos. Aunque las estadísticas no son concluyentes, no parecen confirmar tal hipótesis. Claro está que podría pensarse que en el mediano plazo la penetración del capital extranjero por sus efectos depredatorios sobre las formas autóctonas, especialmente las precapitalistas de producción, ha provocado semejantes efectos depresivos. Por lo demás la propia experiencia histórica de los países centrales —Inglaterra por ejemplo— demuestra que en sus inicios la penetración del capitalismo en la agricultura provoca una considerable disminución en los niveles

de vida de las masas campesinas. Pero al margen de esta discusión, interesa más otra cosa y que es evidente: las relaciones capitalistas de producción se desarrollan de modo notable en los países periféricos. Y esto, a tal punto, que hoy en día de la gran mayoría de ellos puede decirse que son economías capitalistas. Lo cual, claro está, no obsta a que subsistan importantísimos sectores precapitalistas. Y desarrollo capitalista significa desarrollo de la burguesía y del proletariado. Es decir, de las dos clases que sindicábamos como agentes de cambio en el mundo contemporáneo. Por último, debe agregarse que al hablar de desarrollo del capitalismo en los países periféricos, no tiene por qué interpretarse éste como equivalente al desarrollo del capitalismo metropolitano. En absoluto se puede hablar de modalidades equivalentes en uno y otro caso.

Lo característico del desarrollo capitalista es su desigualdad. Y ésta adquiere rasgos descoyuntantes en los países periféricos capitalistas. En las metrópolis, el capitalismo al desarrollarse ha ido desbrozando el terreno de formas de producción pretéritas de modo relativamente absoluto. En la periferia, la situación es más bien la inversa. Aquí el capitalismo se ha desarrollado de una manera extremadamente desigual y anárquica y ha demostrado una extraordinaria capacidad para coexistir con formas añejas de producción. Desde el ángulo de las formas de las relaciones de producción que pueden encontrarse en los países capitalistas metropolitanos, puede catalogarse a éstos como sociedades homogéneas. Al revés, los países capitalistas periféricos deben conceptuarse como sociedades heterogéneas. Y esto no sólo en términos de la presencia importante de formas de producción precapitalistas, sino también desde el ángulo de la nítida heterogeneidad que se advierte al interior del propio polo capitalista periférico.

Caracterizando el tipo de impacto recibido por los países periféricos al vincularse a las economías capitalistas metropolitanas, competitivas primero, monopolistas después, Baran ha escrito que "aunque la expansión de la circulación de mercancías, la pauperización de un gran número de campesinos y artesanos y el contacto con la técnica occidental dio un poderoso impulso al desarrollo del capitalismo, este desarrollo fue violentamente desviado de su curso normal, fue deformado y mutilado para que se adaptase a los objetivos del imperialismo occidental. De ahí que los pueblos que cayeron en la órbita de la expansión del capitalismo occidental se encontrasen con el ocaso del feudalismo y del capitalismo, sufriendo las peores características de ambos y, como si fuese poco, con todo el impacto de la subyugación imperialista. A la opresión de sus señores feudales, opresión despiadada, aunque mitigada por la tradición, se agregó el dominio de los ca-

pitalistas nacionales y extranjeros, un dominio brutal, limitado sólo por lo que el pueblo podía tolerar. El oscurantismo y la violencia despótica que heredaron de su pasado feudal se combinaron con la rapacidad racional y rigurosamente calculadora de su presente capitalista. Su explotación se multiplicó, pero sus frutos no incrementaron su riqueza productiva; ésta fue al exterior o bien sirvió para sostener una burguesía parásita en su propio país. Vivían en una miseria abismal, pero no tenían perspectivas de un futuro mejor. Se encontraban en el capitalismo, pero no había acumulación de capital, perdieron sus medios tradicionales de vida, sus artes y sus oficios, pero no había una industria moderna que les proporcionase otros en su lugar. Fueron lanzados a un contacto extensivo con la adelantada ciencia del Occidente, pero quedaron en un estado de profundo atraso".<sup>28</sup>

La fase imperialista del capitalismo acarrea importantes consecuencias sociales y políticas que en general pueden sintetizarse en el sentido que las contradicciones inherentes al sistema se agudizan de modo notable. En 1924, Stalin escribía que de estas contradicciones, tres eran las más importantes. La primera a su juicio era la existente entre el capital y el trabajo: "te entregas a merced del capital, vegetas a la antigua, hundiéndote cada vez más, o echas mano de un arma nueva . . . el imperialismo lleva a la clase obrera a la revolución".<sup>29</sup> La segunda era la contradicción entre las diversas potencias y consorcios capitalistas. Estando ya repartido, en lo fundamental, el globo terráqueo entre diferentes esferas de influencia, el desarrollo desigual engendra presiones por la redistribución de aquéllas de donde la inevitabilidad de las guerras interimperialistas. La tercera contradicción es la "contradicción entre un puñado de naciones 'civilizadas' dominadoras y los centenares de millones de hombres de los pueblos coloniales y dependientes en el mundo. El imperialismo es la explotación más descarada y la opresión más inhumana de los centenares de millones de habitantes de las inmensas colonias y países dependientes. El objetivo de esta explotación y de esta opresión es la obtención de superganancias. Pero, al explotar esos países, el imperialismo se ve obligado a construir en ellos ferrocarriles, fábricas y talleres, centros industriales y comerciales. La aparición de la clase de los proletarios, la formación de una intelectualidad del país, el despertar de la conciencia nacional, el incremento del movimiento de liberación, son otros tantos resultados inevitables de esta 'política'. El incremento del movimiento revolucionario en todas las colonias y en todos los países dependientes sin excepción, atestigua esto de un modo palmario. Esta circunstancia es importante para el proletariado en el sentido de que mina en sus raíces las posiciones del capitalismo, convirtiendo a las colonias y a los países dependientes, de reservas del imperialismo en reservas de la revolución proletaria".<sup>30</sup>

En la fase imperialista asciende el potencial y la capacidad revolucionaria de la clase obrera, como asimismo disminuye correlativamente la capacidad revolucionaria de la burguesía. Esto en un sentido histórico-general. En términos más concretos deben añadirse algunas calificaciones a tal afirmación. En los países capitalistas metropolitanos la burguesía cambia totalmente de signo y se transforma en una clase conservadora y regresiva apoyando “todo lo atrasado, agonizante y medieval” (Lenin). Esta actitud se refleja de un modo todavía más abierto en sus relaciones con los países periféricos en los cuales busca la alianza de los sectores sociales más retrógrados y “medievales”. Pero el proletariado tampoco queda indemne a este reflujó conservador. Al llegar el capitalismo a su fase imperialista “un puñado (menos de una décima parte de la población de la tierra, menos de un quinto, calculado “por todo lo alto”) de países particularmente ricos y poderosos, con el simple ‘corte del cupón’ saquean a todo el mundo. La exportación de capital da ingresos que se elevan a ocho o diez millones de francos anuales, de acuerdo con los precios de antes de la guerra y según las estadísticas burguesas de entonces”. (Escrito en 1920; J. V.) “Es evidente —sigue Lenin— que tan gigantesca *super-ganancia* (ya que los capitalistas se apropian de ella por encima de la que exprimen a los obreros de su propio país) *permite corromper* a los dirigentes obreros y a la capa superior de la aristocracia obrera. Los capitalistas de los países ‘adelantados’ los corrompen, y lo hacen de mil maneras, directas e indirectas, abiertas y ocultas. Esa capa de obreros aburguesados o de “aristocracia obrera”, enteramente pequeños burgueses por su género de vida, por sus emolumentos y por toda su concepción del mundo, es el principal apoyo de la II Internacional, y, hoy día, el principal *apoyo social* (no militar) *de la burguesía*. Porque son verdaderos *agentes de la burguesía* en el seno del movimiento obrero, lugartenientes obreros de la clase de los capitalistas (*labour liutenants of the capitalist class*), verdaderos vehículos del reformismo y del chovinismo. En la guerra civil entre el proletariado y la burguesía se colocarán inevitablemente, en número considerable, al lado de la burguesía, al lado de los “versalleses” contra los “comuneros”.<sup>31</sup>

En lo anterior parece residir lo fundamental de la explicación sobre la actitud política más bien pasiva —o por lo menos no todo lo radical que se podía esperar— que ha caracterizado al proletariado de las grandes potencias imperialistas en el siglo XX. De aquí que en el plano político, la vida de las grandes metrópolis del sistema, por lo común no haya estado sujeta a grandes conmociones.

Lo inverso ha sucedido en la periferia del sistema. Aquí los conflictos se han ido incesantemente agudizando y ello no es de extrañar.

Hemos dicho que la propia expansión imperialista contribuyó de manera significativa al desarrollo del capitalismo en estas zonas, con lo cual se ha acrecentado el peso e influencia tanto de la burguesía y del proletariado. Como lo hacía notar Lenin a comienzos de este siglo, en las regiones colonizadas y dependientes la burguesía reaparece con un rostro nacionalista y progresista; incluso muchas veces francamente revolucionario. Hay que hacer notar, claro está, que la burguesía autóctona no juega, como bloque, un rol progresista; son más bien los sectores de la pequeña burguesía y principalmente de aquella sección de la burguesía que concentra sus inversiones en la industria que abastece el mercado interno, la que surge —o por lo menos lo intenta— como líder de los movimientos renovadores. Esta fracción progresista de la burguesía autóctona en los países periféricos, está interesada en la ampliación de los mercados internos, lo cual la lleva a entrar en conflicto con los sectores terratenientes tradicionales; asimismo pretende proteger la industria nacional autóctona de los duros embates de la competencia extranjera, lo cual la pone en fuerte contradicción con los intereses de los grandes consorcios internacionales. Todo esto la lleva a concluir alianzas con los vastos sectores campesinos y también con el proletariado urbano, a objeto de finiquitar la revolución democrático-burguesa en estos países atrasados. Incluso en el plano internacional propulsan frentes antiimperialistas o bien se plantean por una política de corte neutralista. Sin embargo factores tales como su propia debilidad económica y política, la fortaleza de sus oponentes internos (los sectores terratenientes tradicionales), y principalmente los externos, dificultan en altísimo grado las posibilidades de éxito del modelo de cambio social —un desarrollo capitalista autóctono— que estas burguesías autóctonas propulsan. Por otro lado, la experiencia histórica de los últimos años parece indicar que estas burguesías nacionalistas pierden aceleradamente su capacidad de liderar cualquier proceso de cambio más o menos significativo. Por un lado la creciente fortaleza del proletariado autóctono y por otro las nuevas formas de penetración económica que asume el capital extranjero —hoy en día interesado en la propia industria que abastece el mercado interno de estos países dependientes— parecen ser las razones de esta acelerada pérdida de dinamismo. Dicho de otra manera, mientras más se profundiza el desarrollo del imperialismo a escala mundial, menores son las posibilidades de que estas burguesías nacionales periféricas jueguen un rol eficiente en tanto agentes de cambio. De aquí que no extrañe la declinación del papel de los movimientos de liberación nacional encabezados por la burguesía. Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la regla es que estas secciones progresistas de la burguesía periférica encabece tales movimientos. A fines de

la Segunda Guerra Mundial, aparte del continente africano, la regla encuentra excepciones muy importantes, sobremanera en Asia. A fines de la década de los sesenta, la fuerza dirigente de estos movimientos tiende a desplazarse hacia el proletariado. También parece evidenciarse que a mayor desarrollo capitalista del país dependiente —lo cual supone un mayor peso del proletariado autóctono—, con mayor rapidez se esfuma la vocación transformadora de estas secciones burguesas. En el caso latinoamericano por ejemplo, este fenómeno es muy nítido. De cualquier modo, en el presente siglo, su rol dinámico no puede desconocerse. Y en la actualidad, no deben considerarse como totalmente canceladas sus posibilidades.

Si en los países capitalistas, ejes del sistema, puede decirse que a la fascistización de sus clases dominantes ha seguido una fase de relativo conservatismo del proletariado metropolitano, en los países dependientes no puede decirse lo mismo. Al revés, en la misma medida que las burguesías nacionales perdían impulso renovador, se fortalecía la capacidad dirigente del proletariado periférico. Pese a constituir en la mayoría de los casos un segmento muy delgado de las masas populares, ha demostrado ser capaz de actuar como fuerza dirigente y llevar a buen recaudo vastos y profundos movimientos de transformación social. Este es el caso de China, Corea y Vietnam, por ejemplo.

Naturalmente, los modelos del cambio social que en los países dependientes encarnan la burguesía y el proletariado son radicalmente diferentes. Sin embargo, dadas las características de la economía mundial capitalista en su fase imperialista y las propias especificidades de las regiones subdesarrolladas, desde hace ya largo tiempo, todo parece indicar que la única clase capaz de cumplir las tareas de la revolución democrático-burguesa en los países periféricos, no es la burguesía de estos países sino su proletariado. En estos países, y en la fase imperialista, estas tareas se concentran en dos puntos básicos: primero, limpiar la estructura económico-social de malezas (en muchos casos bastante más que malezas, bosques casi) precapitalistas; segundo, eliminar los obstáculos que impone la presencia del capital foráneo al desarrollo del capitalismo industrial nacional. Esta tarea, a cabalidad, como regla, solamente ha sido cumplida por movimientos encabezados por el proletariado como fuerza dirigente. Naturalmente, cuando éste ha sido el caso, el proceso no ha cesado aquí sino que se ha prolongado hasta transformarse en una revolución netamente socialista. De aquí la teoría de la revolución ininterrumpida o permanente, ya visualizada por Marx en el siglo pasado. En 1905, Lenin escribía que “de la revolución democrática comenzaremos a pasar inmediatamente, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución

socialista. Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a mitad de camino. . . ”<sup>32</sup> Por su parte, a fines de 1939, Mao Tse-Tung escribe que “el carácter de la revolución china, en la etapa presente, no es socialista-proletario sino democrático-burgués. No obstante, la revolución democrático-burguesa en la China de hoy ya no es del viejo tipo corriente, hoy anticuado, sino de un nuevo tipo especial. . . esta revolución de la nueva democracia se diferencia mucho de las revoluciones democráticas que registra la historia de los países europeos y americanos; no conduce a la dictadura de la burguesía, sino a la dictadura del frente unido de todas las clases revolucionarias bajo la dirección del proletariado. . . resumiendo. . . podemos ver que la revolución china, tomada en conjunto, implica una doble tarea. . . comprende una revolución democrático-burguesa (una revolución de la nueva democracia) y una revolución socialista-proletaria, es decir, las tareas de las dos etapas de la revolución, la presente y la futura. La revolución democrática es la preparación necesaria para la revolución socialista; y la revolución socialista es el resultado inevitable de la revolución democrática”.<sup>33</sup>

4. Debemos ahora intentar una breve recapitulación de lo anteriormente expuesto. Tratemos de hacerlo en forma taquigráfica:

a) Hemos primeramente afirmado que el capitalismo es un modo de producción de gran dinamismo, rasgo que por supuesto es también válido para sus dos clases fundamentales: burguesía y proletariado. En el mundo contemporáneo, cualquier proceso de cambio estará ligado a una u otra de estas clases fundamentales.

b) Desde su mismo origen el capitalismo tiende a expandirse aceleradamente en términos geográficos. En la fase industrial competitiva esta expansión provoca la mercantilización de las economías periféricas y por ende impulsa al propio capitalismo en estas regiones. Al llegar a su fase imperialista-monopolista, las metrópolis derraman a las zonas periféricas grandes masas de capital excedente, bajo la forma de exportaciones de capital. Esto acelera notablemente el desarrollo de las formas capitalistas en la periferia. Con ello surgen y se vitalizan una burguesía autóctona nacionalista y un proletariado periférico.

c) El imperialismo agudiza los conflictos inherentes al capitalismo. En las grandes potencias monopolistas sus clases fundamentales pierden dinamismo. La clase dominante propende a un estilo político fascista y el proletariado tiende al reformismo.

d) En los países dependientes periféricos, el capitalismo se desarrolla en forma extraordinariamente desigual y deformada. En sí mismo, este capitalismo de los países subdesarrollados es extraordinariamente heterogéneo. Por otro lado, coexiste con formas precapitalistas

que alcanzan gran significación. Si a esto se añade la situación de dependencia en relación a las potencias imperialistas, se puede ver la extraordinaria complejidad que caracteriza a estas regiones y por ende el entrecruzamiento de conflictos a que da lugar. Esta convergencia de contradicciones, unida a la existencia de clases con capacidad de acción política eficaz: burguesía nacional y proletariado; da lugar a situaciones críticas y convulsas. De aquí la típica inestabilidad propia de la periferia capitalista que ha llevado a catalogarla como "el centro de la tempestad revolucionaria" del mundo contemporáneo.

e) En la medida que se expande el capitalismo interno y por ende se fortalece el proletariado periférico, las posibilidades de liderar un proceso de cambio, por parte de las burguesías autóctonas, tienden a esfumarse. Estas también —tales posibilidades— se ven afectadas negativamente por las nuevas formas de penetración del capital extranjero.

f) La crisis del imperialismo y la rebeldía de los pueblos periféricos tiende a provocar un frente antiimperialista basado en la alianza del proletariado internacional y los movimientos de liberación nacional. Este frente tiende a fortalecerse en la medida que los movimientos de liberación nacional pasan a ser dirigidos por el proletariado de los países dependientes. También se fortalece en la medida en que surge y se desarrolla un campo socialista. Tiende a debilitarse en la medida que el proletariado metropolitano practica políticas reformistas y chovinistas. Lo mismo vale si el reformismo penetra en el campo socialista y en las filas del proletariado periférico.

5. En los países capitalistas desarrollados, esperar que la burguesía monopolista sea propulsora de cambios sociales de significación es perfectamente ridículo. En estos países, sólo de la acción del proletariado puede esperarse un proceso de transformación revolucionaria de la sociedad. Por otro lado, en las zonas capitalistas subdesarrolladas, hemos visto que las posibilidades de una actuación revolucionaria tienden a concentrarse cada vez más en los segmentos proletarios. Como el modelo de cambio social que encarna el proletariado es la sustitución del modo de producción capitalista por el socialista, debemos finalmente agregar algunas consideraciones en torno a las posibilidades de la revolución socialista en el mundo contemporáneo.

Según se sabe en lo que podemos denominar el modelo "clásico" de la revolución socialista —que es la modalidad de la revolución proletaria visualizada por Marx y Engels, y que por lo tanto sólo tuvo una expresión ideológica—, ésta debería tener lugar en aquellos países donde más desarrollado estuviera el capitalismo. El crecimiento intensivo de éste no sólo iría preparando las condiciones materiales necesarias al modo de producción socialista, sino que agudizaría a tal



punto las contradicciones de clase entre burguesía y proletariado, que éste ineludiblemente se levantaría en armas hasta derrocar el sistema de dominación imperante.

Sin embargo, la experiencia demuestra que las revoluciones socialistas se han localizado en regiones donde el capitalismo distaba de ser el más avanzado de la época. Cabe preguntarse entonces el porqué de este desplazamiento del foco revolucionario, y sobremanera su significado metodológico. Esto es, cuáles son las proyecciones de este desplazamiento.

Sobre las razones de este desplazamiento nos hemos extendido (sólo algo, pues el tema requeriría de un libro y más) anteriormente.<sup>34</sup> En corto, tal fenómeno se debe al surgimiento y desarrollo del imperialismo como “fase superior” del desarrollo capitalista. Los rasgos de la nueva situación y sus implicaciones sobre la revolución socialista fueron agudamente percibidas, teorizadas y practicadas por Lenin. Con su habitual claridad, Stalin sintetiza estos desarrollos cuando escribe que “antes, solía hablarse de la existencia o de la ausencia de las condiciones objetivas para la revolución proletaria en países aislados, o con más exactitud, en tal o cual país desarrollado. . Hoy, hay que hablar de la existencia de condiciones objetivas para la revolución en el sistema general de la economía imperialista mundial considerada como un todo, aparte de que la existencia dentro de este sistema de algunos países con un desarrollo industrial insuficiente no puede representar un obstáculo insuperable para la revolución, si el sistema en su conjunto, o para decirlo con más precisión, *puesto que* el sistema en su conjunto está ya maduro para la revolución”.<sup>35</sup> Y más adelante, nuestro autor prosigue: “¿por dónde empezará la revolución, en qué país podrá, ante todo, romperse el frente del capital? Allí donde esté más desarrollada la industria, donde el proletariado forme la mayoría, donde haya más cultura, donde haya más democracia, solía contestarse antes. No, objeta la teoría leninista de la revolución, no es forzoso que sea allí donde la industria esté más desarrollada, etcétera. El frente del capital se romperá allí donde la cadena del imperialismo sea más débil, pues la revolución proletaria es el resultado de la ruptura de la cadena del frente mundial imperialista por su sitio más débil, y puede ocurrir que el país que haya roto el frente del capital esté menos desarrollado en el sentido capitalista que otros países más adelantados que, sin embargo, todavía se mantienen dentro del marco del capitalismo”.<sup>36</sup> Finalmente, una conclusión: “como regla general, la cadena del frente imperialista tiene que romperse allí donde sus eslabones sean más débiles, sin que sea forzoso, en todo caso, que se rompa allí donde el capitalismo esté más desarrollado, donde los proletarios forman un determinado tanto por ciento de la población, los campesinos otro tanto por ciento determinado, etcétera.”<sup>37</sup>

## III

1. En los acápites anteriores hemos visto en primer lugar la aguda desigualdad con que se distribuye el ingreso mundial. Y si a esto se añade que en las regiones más pobres las pautas de distribución del ingreso son especialmente regresivas, nos encontramos con la situación ya descrita de miseria y bajísimos niveles de vida que caracterizan a dichas regiones.

Más adelante anotábamos que no se puede establecer una relación simple y mecánica entre bajos niveles de vida y comportamientos revolucionarios. Sin embargo, la crisis generalizada es rasgo fuera de dudas para los países atrasados. Esto nos llevaba a indagar en los eventuales factores que estarían incidiendo en tal situación. Concluíamos que esto se debía básicamente a la penetración del capitalismo en tales regiones, lo cual implicaba el desarrollo paralelo de dos clases de gran capacidad política y dinamismo histórico: la burguesía y el proletariado nacionales. Junto a ello en tales regiones se daba una fuerte persistencia de rasgos precapitalistas y la aguda dependencia del capital imperialista. Todo ello generaba una situación sumamente compleja y conflictiva que transformaba a estas zonas en un verdadero volcán. Por otro lado, en los países capitalistas desarrollados, el sistema revelaba una alta capacidad de maniobra para “absorber” políticamente a vastos sectores del proletariado metropolitano, los cuales se veían conducidos a una política reformista que en definitiva se transformaba en el principal sostén del sistema. De aquí que en líneas generales se pueda concluir que en la fase imperialista el centro revolucionario tiende a desplazarse hacia la periferia del sistema.

Según hemos visto, a comienzos del siglo este fenómeno ya era percibido y pronosticado por los principales dirigentes del movimiento revolucionario. Pasemos ahora a ver si tales pronósticos se han cumplido. Analicemos entonces, aunque sólo sea en forma muy somera, cuál ha sido la secuencia real de los hechos a partir de fines de la Primera Guerra Mundial.

2. Veamos primeramente lo que ha pasado con los movimientos de liberación nacional en los países periféricos, en cuanto éstos han sido dirigidos por secciones de la burguesía nativa y por consiguiente no han dado lugar a revoluciones socialistas. Es sabido que ya en 1913, Lenin escribía que “en Asia crece, se extiende y se fortalece en todas partes un poderoso movimiento democrático. Allí la burguesía va *aún* con el pueblo contra la reacción. Se despiertan a la vida, a la luz y a la libertad de centenares de millones de hombres”.<sup>38</sup> Pero vamos directamente a los datos. Si se toma como año base 1919, se tiene que las colonias y semicolonias a la fecha, enmarcaban casi un 70 %

de la población mundial y más de un 77% de la superficie del globo. En cifras absolutas esto implicaba más de 1 200 millones de personas que vivían en regiones desprovistas de la más mínima y formal independencia política. O sea, dos de cada tres personas vivían en 1919 en territorios políticos sojuzgados. O si se quiere, cada persona del llamado "mundo libre", contaba con el peculiar "activo" de dos personas políticamente sometidas. Y hablamos aquí de sometimiento político abierto, "legalizado". Tal era la situación en 1919.

Si damos un salto largo y llegamos a 1964, observamos que el panorama se altera drásticamente. La población que vive en colonias y semicolonias se ha reducido a alrededor de 46 millones de personas, es decir, la 26ª parte de la existente en 1919, constituyendo un 1.4% de la población mundial. En términos de superficie, las regiones coloniales y semicoloniales abarcan 9.3 millones de kilómetros cuadrados en 1964, lo que constituye un 6.8% de la superficie mundial. A fines de 1965 el proceso sigue acentuándose y es así como la superficie territorial de colonias y dominios se reduce al 4.5% de la superficie mundial y su población al 1.1% de la mundial. Según se sabe, el proceso se acelera notablemente a partir de la Segunda Guerra Mundial. En Asia, por ejemplo, entre 1944 y 1954 surgen 15 nuevos estados independientes. En Africa, tan sólo en 1960, surgieron 17 nuevos estados independientes, y a fines de 1965 sumaban 36 estados independientes en territorios de antiguas colonias y dominios.

Un resumen de la evolución y destino del sistema colonial del imperialismo se muestra en el cuadro que sigue:

CUADRO VIII

Regiones	1919				1964			
	Superficie Millones Km. <sup>2</sup>		Población Millones Km. <sup>2</sup>		Superficie Millones Km. <sup>2</sup>		Población Millones Km. <sup>2</sup>	
		%		%		%		%
Grandes potencias imperialistas (EE.UU., Inglaterra, Alemania, Francia, Japón e Italia) más sus colonias	60.3	44.5	855	48.1	18.6	13.7	541.5	17.9
Colonias y semicolonias	104.5	77.2	1 230	69.2	9.3	6.8	45.8	1.4
Colonias y semicolonias que logran su independencia después de 1919. (Sin considerar países socialistas)					77.0	56.7	1 380.0	42.6
Total mundo	135.8	100.0	1 777	100.0	135.8	100.0	3 240.0	100.0

FUENTE: E. Breguel, ob. cit., p. 225.

Según vemos, los datos son lo suficientemente concluyentes como para que sea justo hablar de derrumbe del sistema colonial imperialista. Claro está que la independencia política de las antiguas colonias, como regla, no implica la destrucción de sus nexos económicos con las grandes potencias capitalistas. Si bien se alteran las formas, la dependencia económica subsiste e incluso se agudiza. La explotación de la periferia por el centro se mantiene, aunque a través de formas más sofisticadas y ocultas, lo cual implica que la independencia política lograda tiene una connotación, en la mayoría de los casos, más formal que real. Pese a todo, no puede desconocerse la importancia del fenómeno de liberación descrito. El marca una ruptura significativa en la marcha del sistema en su conjunto y tiende a agudizar notablemente sus contradicciones. En los países periféricos, la liberación política al no verse continuada por la liberación económica, se ve gravemente socavada. Y lo que es decisivo, muestra la incapacidad de las burguesías autóctonas para liderar un real proceso de transformaciones. Y cancelada la experiencia burguesa sólo resta una alternativa: la socialista-proletaria.

3. Veamos ahora algunos datos en torno a la secuencia de la otra alternativa: la socialista. Esta, obviamente, es mucho más significativa que la anterior en cuanto supone una ruptura total con el sistema capitalista. El punto de partida es la Rusia de 1917, donde en estrecha conexión a la Primera Guerra Mundial, se desata la primera revolución proletaria triunfante. El otro momento importante que implica un verdadero "salto" en el avance del socialismo está ligado a la Segunda Guerra Mundial. Al finalizar ésta, surgen ocho estados socialistas en Europa y poco después tres en el continente asiático. Un resumen de la situación entre 1919 y 1964 se muestra a continuación:

CUADRO IX

Regiones	1919				1964				
	Superficie		Población	Superficie				Población	
	Millones Km. <sup>2</sup>	%		Millones Km. <sup>2</sup>	%	Millones Km. <sup>2</sup>	%	Millones Km. <sup>2</sup>	%
Mundo socialista	21.7	16.0	138.0	7.8	35.2	26.0	1.134	35.0	
Mundo capitalista	114.1	84.0	1.639	92.2	100.6	74.0	2.106	65.0	
Total mundo	135.8	100.0	1.777	100.0	135.8	100.0	3.240	100.0	

FUENTE: E. Breguel: *Imperializm i Krisis Miravovo Kapitalizma*, Moscú, 1968, p. 225.

Las tendencias son bastante claras y decidoras como para abundar en comentarios. En 1964 más de la tercera parte de la población del globo se sitúa al margen de la comunidad de países capitalistas. En relación a 1919, la cifra de población se incrementa en más de 8 veces para el campo socialista. Para el caso del capitalismo, la población se incrementa tan sólo en un 28 %.

Otros datos significativos son los que se refieren a la participación de los países socialistas en la producción industrial mundial. En relación a los países capitalistas, y a partir de 1917, la evolución es la siguiente:

CUADRO X

<i>Participación porcentual en la producción industrial mundial</i>				
	<i>1917</i>	<i>1937</i>	<i>1950</i>	<i>1965</i>
Países socialistas	3.0	10.0	20.0 (=)	38.0 (=)
Países capitalistas	97.0	90.0	80.0 (=)	62.0 (=)
Total mundo	100.0	100.0	100.0	100.0

FUENTE: *World Marxist Review*, núm. 10-11, Praga, 1968.

Según puede verse, el campo socialista no sólo avanza en términos de superficie cubierta y población integrante. También lo hace, y mucho más acelerado, en términos de producción industrial. En 1919, una población equivalente al 8 % de la mundial generaba una producción industrial equivalente al 3 % de la mundial, o sea un monto de producción industrial *per capita* claramente inferior al promedio mundial. En 1965, una población que equivale al 36 % de la mundial, pasa a producir un 38 % del total mundial. O sea, una producción industrial *per capita* superior al promedio mundial.

Naturalmente, detrás de estas variaciones en la participación de uno y otro campo en la producción industrial mundial, están los diferentes ritmos con que crece la producción industrial. Si se hace 1913 igual a 100, se tiene que en 1965 el índice de la producción industrial soviética llega a 4.096, el de Estados Unidos a 340, el de Inglaterra a 197, el de Alemania a 279 y el de Francia a 262.<sup>39</sup>

A fin de lograr una comparación más global podemos tomar los ritmos de crecimiento de la producción industrial en la década de los cincuenta. Los datos se proporcionan en el cuadro que sigue:

CUADRO XI

<i>Países socialistas</i>	<i>Tasas anuales de crecimiento</i>	<i>Países capitalistas</i>	<i>Tasas anuales de crecimiento</i>
Mundo socialista	13.6	Mundo capitalista	4.9
De éstos:		De éstos:	
Polonia	12.9	Estados Unidos	3.8
Checoslovaquia	10.9	Inglaterra	3.0
Unión Soviética	11.7	Francia	6.6
Alemania	11.4	Alemania	9.5
Bulgaria	14.8	Italia	9.0
China	22.6	Bélgica	3.1
Mongolia	14.7	Suecia	3.0

FUENTE: E. Breguel, sobre datos de Naciones Unidas, ob. cit., p. 224.

Las cifras son elocuentes. La dinámica de uno y otro grupo de países es muy difícil y los países socialistas crecen a ritmos casi tres veces superiores —en promedio— al de los países capitalistas.

Para terminar cabe agregar algunas consideraciones para la década de los sesenta. En ésta se observan rasgos de interés. En primer lugar, las cadencias del crecimiento de los países socialistas europeos tienden a disminuir. Por otro lado, los ritmos de crecimiento de los países capitalistas desarrollados, especialmente los de Estados Unidos, tienden a elevarse. Entre 1954 y 1961, la producción industrial norteamericana crece a un ritmo de 2.3% anual. Entre 1962 y 1966 se eleva a un 7.3%.<sup>40</sup>

Por su parte, el ritmo con que crece el ingreso nacional soviético tiende a desacelerarse. Las tasas anuales son de 11.4% en el periodo 1951-1955, de 9.1% durante 1956-1960 y de 6.6% entre 1961 y 1965.<sup>41</sup> El ideal jruschoviano de alcanzar, hacia 1980, los índices de producto *per capita* norteamericano, parece haberse desplazado.

El segundo rasgo a indicar se refiere a los crecientes conflictos y contradicciones que comienzan a desarrollarse en el interior del campo socialista. A la fecha, éste parece haber perdido definitivamente el monolitismo característico de épocas anteriores. Más aún, no está claro si es lícito hablar ya de “campo socialista”.

#### IV

1. El mundo en la posguerra, principalmente al iniciarse la década de los setenta, presenta un cuadro bastante complejo. De cualquier modo —y no siendo nuestro propósito abundar al respecto— algunas grandes líneas del proceso son susceptibles de ser destacadas.

En diversos documentos de difusión universal, nuestra época ha sido definida como una época de tránsito del modo de producción capitalista al modo de producción socialista. Según hemos visto, existen sobrados elementos como para suscribir tal afirmación. Y si esto es así, podemos llegar a sostener que la contradicción *básica* de nuestro tiempo es la que opone a ambos sistemas: el capitalista y el socialista. Como toda contradicción, ésta se desarrolla a través de diferentes formas o modalidades de lucha. Y según lo demuestra ampliamente la experiencia histórica, la victoria de un régimen sobre otro, en último término viene dado por la capacidad de desarrollo de las fuerzas productivas que demuestre uno u otro. Esto está claro, pero constituye un criterio demasiado general y que juega en el largo plazo. Desde un ángulo más concreto y más de corto plazo, lo que interesa son las modalidades de tal lucha. Al respecto se sabe de la doctrina acuñada por los países socialistas: coexistencia pacífica entre regímenes de naturaleza diferente. En muchos casos ésta ha sido más una expresión de buenos deseos que una realidad. Por otro lado las interpretaciones de la doctrina, en el propio campo socialista, difieren cada vez más. De cualquier modo, tres puntos conviene explicitar: *a*) la lucha entre el *actual* campo capitalista y el *actual campo* socialista tiende a concentrarse en las esferas económicas e ideológicas; *b*) no parece probable un conflicto de carácter militar entre ambos campos en un plazo corto o por lo menos las probabilidades de enfrentamiento militar son más improbables de las que existen en otras situaciones de conflicto; *c*) todo lo anterior lleva a que el enfrentamiento político y militar directo se desplace al *interior* de ambos campos. Dicho de otra manera, la contradicción básica se expresa en términos de las contradicciones internas de cada uno de los campos en conflicto.

2. Hasta la Segunda Guerra Mundial, la contradicción principal del campo capitalista es la contradicción entre las grandes potencias imperialistas, las cuales luchan por repartirse y redistribuirse las distintas esferas "de influencia" política y económica del universo capitalista. Estos conflictos desembocan en las dos grandes conflagraciones mundiales, las cuales constituyen típicamente guerras interimperialistas (aunque la segunda presente el aditivo de la participación de un país socialista). Al finalizar la Segunda Guerra Mundial la situación se altera. En primer lugar surge un poderoso campo socialista. En segundo lugar se redobra y alcanza éxitos espectaculares la lucha de los pueblos coloniales. En tercer lugar se tiene que, al finalizar la guerra, los Estados Unidos salen de ella transformados en una superpotencia cuyo poderío económico y militar resulta incontrarrestable por las demás potencias, las cuales terminan la guerra en una situación de abierta inferioridad. En 1950 por ejemplo, Estados Unidos concentra

un 53% de la producción industrial del mundo capitalista. Inglaterra, el país que le sigue, apenas si llega a un 11%.<sup>42</sup>

Al interior de los países capitalistas desarrollados, la contradicción entre burguesía y proletariado (o si se quiere entre la gran burguesía monopolista y los sectores populares: proletariado, pequeña y mediana burguesía) tiende también a suavizarse. En líneas generales, los sectores obreros y populares son integrados con relativa eficiencia al "establecimiento". En esto juegan importantes factores objetivos. En primer lugar se tienen las altas tasas de crecimiento que el capitalismo metropolitano alcanza en la posguerra. Y aunque no siempre los salarios marchen en forma paralela a los crecimientos de la productividad (la regla más bien es al retraso), no cabe duda que los niveles de vida de la clase obrera se han incrementado de modo considerable. En segundo lugar, se tiene la adecuada "digestión" por parte de las clases dirigentes del recetario keynesiano. Esto ha suavizado enormemente la trayectoria cíclica en el capitalismo de la posguerra y en líneas generales ha impedido que la desocupación alcance márgenes peligrosos. De aquí que hoy por hoy, la preocupación sea más la inflación que la depresión en los países metropolitanos.

3. Pero si en el salón de la casa pueden tener lugar pláticas sofisticadas e incluso algunos gritos de hijos marcados por el tedio y el consumo, la situación es muy distinta en el patio de los criados. La guerra, según escribía Lenin, es inevitable en el capitalismo de los monopolios. Y aunque más de alguien haya querido recubrirla con un piadoso manto de obsolescencia, la tesis sigue siendo válida y vigente. La guerra sigue siendo inevitable; sólo que se alteran sus formas y que se desplaza en su accionar. Si antes era principalmente un conflicto entre las grandes potencias capitalistas, esto es, una guerra básicamente interimperialista, ahora la guerra tiende a enfrentar a las grandes potencias imperialistas por un lado, contra los países y pueblos dependientes por el otro. Con su habitual perspicacia, ya en 1916 Lenin escribía que "las guerras nacionales *contra* las potencias imperialistas no sólo son posibles y probables, sino también son inevitables y *progresivas, revolucionarias*".<sup>43</sup> Para el redoblado egocentrismo metropolitano, la guerra desaparece cuando cruza más allá de sus fronteras. Pero los hechos indican una situación muy distinta.

Si se toma el año 1960, por ejemplo, se contabilizan siete guerras y/o intervenciones armadas. Igual número en 1961 y para 1962 se llega a ocho. Todas ellas, casi en su absoluta mayoría se concentran en las zonas periféricas. A lo largo de la posguerra se desarrollan guerras largas y extensas como las de Argelia, Corea, Indochina y Vietnam. Según datos del SIPRI,<sup>44</sup> entre 1945 y 1968, se han producido en el mundo más de 100 guerras u otros conflictos y litigios de carác-



ter internacional o nacional. De ellos, 10 han afectado a Europa, ninguno a Norteamérica y 91 a diversos países y regiones de África, Asia y América Latina. La militarización de las grandes potencias crece a tasas exponenciales.

Los gastos militares directos de Inglaterra pasan de 2 181 millones de dólares en 1949 a 5 720 millones en 1964: se multiplican por 2.6. En Italia suben de 482 millones de dólares (1949) a 1 760 millones (1964): se multiplican por 3.6. En Alemania Federal suben de 1 497 millones de dólares en 1953 a 5 232 millones en 1964: se multiplican casi por 3.5. En Estados Unidos ascienden a alrededor de 12 mil millones de dólares en 1948 y en 1964 llegan a 54 200 millones, o sea: se multiplican por 4.5. En 1945, último año de guerra, Estados Unidos asignó 81 mil millones de dólares a gastos militares directos; en 1968, la cifra es muy cercana: 76.5 mil millones. Durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) Estados Unidos gastó 254 mil millones de dólares, cifra que sube a 330 mil millones si se incluye la ayuda a los aliados. En el periodo 1949-1964, los gastos acumulados son de 675 mil millones, y si se incluye la ayuda a los miembros de la NATO se llega a una cifra del orden de los 800 mil millones de dólares (1949-1965). En 1968 los gastos militares directos constituyen un 45% de los gastos presupuestarios del gobierno norteamericano.<sup>45</sup> Según estimaciones de un economista alemán, los gastos militares *per capita* de U.S.A. en 1966 equivalieron a \$U.S. 288,29,<sup>46</sup> o sea, más de un 50% superiores al producto *per capita* de las regiones capitalistas subdesarrolladas en el año 1967, que según veíamos fue de \$U.S. 190.

La escalada de los gastos militares cumple funciones múltiples. Desde el ángulo interno constituye un eficaz expediente para asegurar el pleno empleo y suavizar las tendencias cíclicas inherentes al capitalismo. Desde el ángulo externo, tales gastos apuntan a dos campos. Por un lado están destinados a contener el avance del campo socialista y sobremanera a impulsar la carrera armamentista, obligar a los países socialistas a distraer recursos para fines militares y reducir así sus posibilidades de crecimiento. Pero desde el ángulo de su aplicación directa en contra de estos países, las probabilidades —a lo menos en el corto plazo— no parecen ser altas. El campo de aplicación directa del arsenal militar acumulado apunta directamente a la contención de los movimientos “subversivos” que brotan día a día en el tercer mundo. Según se ha dicho, la posguerra ha llevado a los Estados Unidos a convertirse en un auténtico gendarme mundial. Cualquier vistazo a la distribución de las fuerzas militares norteamericanas en el mundo, como asimismo la permanente presencia de éstas en cualquier enfrentamiento surgido en la periferia capitalista, comprue-

ba la veracidad de tal aserto. Y esto nos conduce a descubrir el verdadero hilo de la estrategia de expansión del capitalismo norteamericano en la posguerra. Más que a una réplica frontal al actual campo socialista, ella apunta a una política de congelamiento del actual *status quo* mundial, es decir, a fijar las actuales fronteras y esferas de influencia entre los dos campos: el socialista y el capitalista. Por otro lado, y este rasgo nos parece lo esencial, al interior del campo capitalista, la estrategia apunta a una acelerada penetración en la periferia e incluso —cosa notoria en la década de los sesenta— en las regiones desarrolladas del sistema. Esto implica el desplazamiento del dominio que las viejas potencias metropolitanas han ejercido en diversas regiones periféricas. Antes de la Segunda Guerra Mundial, la presencia de capitales norteamericanos en Asia y Africa es más bien marginal, constituyendo estas regiones verdaderos cotos privados al dominio de las potencias europeas y de Japón. En los primeros años de la posguerra, Estados Unidos llega en muchos casos incluso a apoyar los movimientos independentistas periféricos, pero detrás de estos procesos y actitudes no está sino la lucha del capitalismo norteamericano por desplazar a las viejas potencias de sus tradicionales esferas de influencia. La sustitución de las formas tradicionales de dominación, propias del colonialismo abierto, por las formas más modernas y sofisticadas del neocolonialismo y la dependencia, en gran medida reflejan el desplazamiento del centro metropolitano dominante en favor de los Estados Unidos. En suma, lo esencial de la estrategia global norteamericana en la posguerra consiste en su acelerada penetración en el *hinterland* periférico capitalista.

El agente económico básico de esta penetración lo constituyen las modernas corporaciones multinacionales. De acuerdo a un autor canadiense, “se estima que la producción total de estas corporaciones, fuera de sus países de origen, superaba ya los 300 000 millones de dólares en 1968, lo que constituye una cifra considerablemente mayor que el valor total del comercio mundial (con excepción de los países socialistas) en ese año. La producción en el extranjero de estas corporaciones forma en la actualidad, en términos globales, la tercera economía más grande del mundo, estando sólo a la zaga de las de Estados Unidos y la Unión Soviética. No se dispone de cifras precisas sobre su presente tasa de expansión, pero se considera que es muy elevada. Se espera que las corporaciones multinacionales habrán de controlar un tercio de la producción global del mundo no socialista hacia 1987. Toda vez que la mayoría de estas corporaciones multinacionales son norteamericanas, por lo menos una autoridad, el profesor Jack Behrman, estima que la participación total de la producción mundial no socialista bajo control estadounidense habrá de crecer de

55 % a mediados de los años sesenta, a 64 % en 1980 y a 80 % hacia 1990.<sup>47</sup>

Si el problema se analiza desde el ángulo de las inversiones privadas directas de Estados Unidos en el extranjero, las conclusiones son similares. Entre 1950 y 1967 ellas se han quintuplicado, pasando de 11.79 a 59.27 mil millones de dólares. En el mismo lapso, la producción industrial norteamericana se incrementaba en 2.2 veces, es decir, un ritmo claramente inferior. Es interesante anotar un fenómeno característico de la posguerra: las exportaciones de capital fluyen principalmente a los países capitalistas desarrollados. En 1950, un 48.3 % del total de las inversiones privadas directas se localizaba en las regiones adelantadas. En 1967 ya alcanza un 67.8 %. En Europa Occidental por ejemplo, las inversiones yanquis pasan de 1.73 mil millones de dólares en 1950, a 17.88 mil millones de dólares en 1967, es decir, se multiplican 10.4 veces. Las razones básicas son fundamentalmente dos. Por un lado, beneficios mayores que en Estados Unidos: 12 % *versus* 9%.<sup>48</sup> Pero como los beneficios *contables* son todavía superiores en las regiones atrasadas (14 % - 18 %), aquí no reside la causa fundamental de este desplazamiento. Según se sabe, rasgo esencial de la moderna corporación monopólica, es su mayor horizonte de planificación lo que permite una política de inversiones que propende a asegurar la máxima tasa de ganancia posible en el plazo largo.<sup>49</sup> Y esto parece depender fundamentalmente de la dinámica de la demanda. Y en este sentido, las perspectivas que ofrece el mercado europeo son incuestionablemente muy superiores a la de los mercados periféricos. Asimismo, ante las eventuales barreras que los mercados comunes y similares oponen a la exportación de mercancías, la salida es lógica: la barrera se salta y se organiza la producción al interior de dichas regiones mediante el expediente de la exportación de capitales. Un resumen de la evolución de las inversiones privadas directas de EE.UU. en la posguerra se ofrece en el cuadro que sigue:

CUADRO XII  
*Inversiones privadas directas de U.S.A. en el extranjero, en el periodo 1950-1967*  
(Mil millones de \$US)

	1950	1957	1967	1967 sobre 1950 (%)
1 Europa Occidental	1.73	4.15	17.88	1.040
2 Canadá	3.58	8.77	18.07	505
3 Otros países desarrollados	0.39	1.12	4.04	1.040
4 Asia, Africa y América Latina	5.58	9.61	16.94	303
5 Total	11.79	25.39	59.27	502

FUENTE: *Survey of Current Business*, agosto 1964, y octubre 1968. La diferencia entre el total y la suma de las filas anteriores (1, 2, 3 y 4) corresponde a otras regiones pobres.

Los resultados de esta penetración económica acelerada son múltiples. Desde el ángulo de los países subdesarrollados, agudizan su situación de dependencia, distorsionan y desequilibran aún más sus estructuras económicas y tienden a limitar drásticamente sus posibilidades de acumulación y crecimiento. En sus relaciones con los países capitalistas desarrollados, la periferia se ve sometida a un continuo drenaje de recursos. De acuerdo a algunos investigadores,<sup>50</sup> las pérdidas que experimentan los países subdesarrollados por concepto de intercambio desigual (o en términos más tradicionales, por el deterioro que sufren los términos del intercambio) de mercancías, en la década de los cincuenta, eran del orden de los 16 000 millones de dólares por año. Si a esto se le añaden los beneficios repatriados por las inversiones extranjeras y otras formas de transferencias, se llega a una cifra cercana a los 20 000 millones de dólares anuales. De acuerdo al *World Economic Survey* de 1963, el ingreso nacional del total de los países subdesarrollados ascendía en 1960 a 170 000 millones de dólares, lo que implica que alrededor del 12% del ingreso nacional periférico era transferido al capitalismo metropolitano. Los datos de CEPAL que antes hemos expuesto (*cf.* cuadro I) indican un producto geográfico para un mundo capitalista subdesarrollado del orden de los 226 000 millones de dólares para 1960. Si tomamos el producto geográfico como referencia, se observa que las transferencias de excedente de la periferia al centro constituyen alrededor de un 9% de aquél. En los países subdesarrollados, los coeficientes de inversión bruta fluctúan entre un 10 y un 20% aproximadamente. En América Latina, de acuerdo a estimaciones de CEPAL en 1960 el coeficiente de inversión bruta fija fue de un 17.1%.<sup>51</sup> Se puede estimar que las necesidades de reposición de capital instalado suponen alrededor de un 8% del producto, lo cual implica un coeficiente de inversión neta del orden del 9%. Si comparamos esta magnitud con el 12 o el 9%, según el caso, de drenaje de excedentes que salen de la periferia a las grandes metrópolis capitalistas, puede verse fácilmente que tales montos equivalen a los destinados a incrementar la capacidad instalada de producción. Si tales montos transferidos al exterior pudieran quedar a disposición de las economías periféricas, la inversión neta podría duplicarse. En términos de ritmos de crecimiento —y suponiendo una relación producto-capital constante—, esto implicaría duplicar la tasa de crecimiento anual del producto.

Pese a este tremendo drenaje de excedentes, el capitalismo periférico no deja de desarrollarse. Sin embargo, lo hace en forma extraordinariamente desigual; contribuye así, a agudizar las múltiples contradicciones periféricas. Como ya lo anotábamos antes (*confert* parágrafo II), a la explotación imperialista redoblada, a las masas periféricas se les agrega el yugo de sus burguesías nativas e incluso de capas feu-

dalizantes. No es casual entonces, la aguda crisis que azota a estas regiones. De aquí que sea lícito sostener que “la contradicción entre los pueblos revolucionarios de Asia, Africa y América Latina y el imperialismo encabezado por los EE. UU. es la contradicción principal del mundo contemporáneo”.<sup>52</sup> Recordemos, al pasar, que contradicción básica no equivale a contradicción principal. Dicho de otra manera: la lucha entre el socialismo (proletariado) y capitalismo (burguesía) es lo básico. Pero, hoy por hoy, esta disparidad se resuelve a nivel del conflicto que opone a las masas populares de las regiones capitalistas dependientes y los grandes centros del imperialismo. “Después de la Segunda Guerra Mundial —escribe Lin Piao— por diversos motivos el movimiento revolucionario proletario en los países capitalistas de la América del Norte y de la Europa Occidental, se ha visto retardado temporalmente, mientras el movimiento revolucionario popular en Asia, Africa y América Latina se ha desarrollado con todo vigor. De modo, pues, que la revolución mundial de nuestros días también presenta, en cierto sentido, una situación en que las ciudades se ven rodeadas por el campo. *La causa de la revolución mundial dependerá, en fin de cuentas, de la lucha revolucionaria de los pueblos de Asia, Africa y América Latina, que representan la mayoría abrumadora de la población mundial*”.<sup>53</sup>

## Notas

<sup>1</sup>Incluye Europa Occidental, Australia, Nueva Zelandia, Estados Unidos, Canadá, Japón y Africa del Sur.

<sup>2</sup>Incluye Africa, América Latina, Asia y Europa Meridional.

<sup>3</sup>Entre otras medidas, Naciones Unidas recomendaba destinar un 1% del ingreso nacional de los países desarrollados como “ayuda” a los países pobres. Este 1% ha estado lejos de cumplirse. Por otro lado, la tal “ayuda” en la gran mayoría de los casos dista de ser total. Por el contrario, es instrumento de explotación de los países pobres en pro de los ricos.

<sup>4</sup>L. J. Zimmerman, *Países pobres y países ricos*, México, 1966. También del mismo autor “The Distribution of World Income 1860-1960”, en *Essays on Unbalanced Growth*, E. de Ories, Ltd., 1962.

<sup>5</sup>G. Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, 1959, p. 16.

<sup>6</sup>E. S. Mason, *Promoting Economic Development*, California, 1955.

<sup>7</sup>Cf. Colin Clark, *The Conditions of Economic Progress*.

<sup>8</sup>G. Jean Fourastié, *La civilization en 1975*, París, 1959.

<sup>9</sup>S. J. Patel, “The Economic Distance between Nations: its Origins, Measurement and Outlook”, en *The Economic Journal*, marzo, 1964, p. 122.

<sup>10</sup>*Op. cit.*, p. 289.

<sup>11</sup>Ch. Bettelheim, *La India independiente*, Madrid 1965, p. 30.

<sup>12</sup>S. Kuznets, *Economic Growth and Structure*, London, 1966, p. 154.

- <sup>13</sup>P. A. Wadia y K. T. Merchant, *Our Economic Problem*, Bombay, 1954.
- <sup>14</sup>U. N., *Economic Survey of Asia and Far East for 1950*, p. 113.
- <sup>15</sup>*Op. cit.*, p. 17.
- <sup>16</sup>Afirmación del propio presidente Allende en conferencia de prensa dada en Viña del Mar, el 4 de febrero de 1971.
- <sup>17</sup>V. I. Lenin, *Obras escogidas*, t. III, Moscú, 1966, p. 232.
- <sup>18</sup>C. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, Austral, Santiago, 1969, p. 43. Recordemos la corrección de Engels a la frase citada en el sentido que no es válida para las sociedades primitivas.
- <sup>19</sup>*Principios de economía política y de tributación*, Madrid, 1969, p. 79.
- <sup>20</sup>C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, ed. cit., pp. 47-48.
- <sup>21</sup>*Ibid.*, p. 57.
- <sup>22</sup>*Ibid.*, p. 43, nota 1ª
- <sup>23</sup>*Ibid.*, p. 776.
- <sup>24</sup>V. I. Lenin, *Obras escogidas*, t. I, Moscú, s.f., p. 733.
- <sup>25</sup>*Ibid.*, p. 798.
- <sup>26</sup>*Ibid.*, p. 773.
- <sup>27</sup>*Ibid.*, p. 776.
- <sup>28</sup>Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, México, FCE, 1959, p. 168.
- <sup>29</sup>J. V. Stalin, *Cuestiones del leninismo*, p. 11.
- <sup>30</sup>*Ibidem*, pp. 11-12.
- <sup>31</sup>V. I. Lenin, *Obras escogidas*, t. I, pp. 729-730.
- <sup>32</sup>V. I. Lenin, *La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino*, citado por Stalin, *op. cit.*, p. 114.
- <sup>33</sup>Mao Tse-Tung, *La revolución china y el partido comunista chino*, Pekín, 1961, pp. 32-33, 37-38.
- <sup>34</sup>*Cfr.* puntos 3 y 4.
- <sup>35</sup>*Cuestiones del leninismo*, p. 25.
- <sup>36</sup>*Ibidem*, p. 26.
- <sup>37</sup>*Ibidem*, p. 27.
- <sup>38</sup>V. I. Lenin, *La Europa atrasada y el Asia avanzada*, O. C., t. 19, p. 77. (Ed. rusa.)
- <sup>39</sup>"Ctrain Kapitalizma y Sotzializma v Tzipaj", Moscú, 1966, pp. 97-98.
- <sup>40</sup>U. N. *Monthly Bulletin of Statistics*.
- <sup>41</sup>L. Y. Berri, *Planirovanie Narodnovo Joziaistva S.S.S.R.*, Moscú, 1968, p. 105.
- <sup>42</sup>Según datos de Naciones Unidas, *Monthly Bulletin of Statistics*.
- <sup>43</sup>V. I. Lenin, *op. cit.*, p. 298. (Ed. rusa.)
- <sup>44</sup>Stokholm International Peace Research Institute, *Yearbook of World Armaments and Disarmament (1968-69)*, citado en *El Correo* de UNESCO, núm. 11, 1970.
- <sup>45</sup>Datos tomados de "Sovriemennij tzikli i krizici", varios autores, Moscú, 1967, pp. 256-58.

<sup>46</sup>Walther G. Hoffmann, "The Share of Defence Expenditure in Gross National Product" en *The German Economic Review*, vol. 7, núm. 4, 1969.

<sup>47</sup>A. Rotstein, "Desarrollo y dependencia económica: el problema canadiense", en *Comercio Exterior*, México, octubre, 1970.

<sup>48</sup>V. Tchepakov, "Les monopoles des Etats-Unis et l'Europe Occidentale", en *La vie internationale*, abril, 1968, p. 33.

<sup>49</sup>P. Baran y P. Sweezy, *El capital monopolista*, Siglo XXI, 1968.

<sup>50</sup>Cf. "Kapitalistíchescoie vosproisvodstva y sovriemeiénix usloviáj", S. L. Vigodskii, ed., Moscú, 1966.

<sup>51</sup>CEPAL, *Estudio económico para América Latina*, 1968, p. 24.

<sup>52</sup>Lin Piao, *Viva el triunfo de la guerra popular*, Pekín, 1965, p. 54.

<sup>53</sup>*Op. cit.*, p. 49. (Subrayado nuestro.)